

● J. Guillermo Fernández Orozco

TEOLOGÍA E HISTORIA

Las culturas [...] comparten el dinamismo propio del tiempo humano [...] Se alimentan de la comunicación de valores [...] Cada hombre está inmerso en una cultura, de ella depende y sobre ella influye. Él es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece. En cada expresión de su vida, lleva consigo algo que lo diferencia del resto de la creación: su constante apertura al misterio y su inagotable deseo de conocer. (Juan Pablo II, 1998)

INTRODUCCIÓN

Tiene que ver algo la historia dentro del marco de la teología o viceversa? ¿Cuál es el concepto que se tiene de la historia? ¿Vale la pena tratar de interpretar el sentido de los acontecimientos con ayuda o bajo la óptica de elementos religiosos? ¿Puede haber una sola manera de 'mirar' el paso del hombre sobre la tierra?

Preguntas más o preguntas menos, entramos a cuestionamientos fundamentales sobre la relación o nexo entre la teología y la historia, entre lo que llamamos la acción de Dios en el mundo y la conciencia del acontecer humano sobre el mundo. He aquí la reflexión inicial para ingresar al campo del sentido trascendente de lo que el hombre hace y piensa durante el 'instante de su existencia'.

La valoración ética e incluso religiosa de un hecho depende del sentido existencial de quien valora. Si los hechos no son sino mera repetición de acciones, allí se quedan; si los hechos son expresión clara de un querer y de un "transformar", tienen una connotación valorativa y pueden ser juzgados; si lo que pasa deja huella y esta permite una transportación al pasado y tiene proyección, se construye algo nuevo y revelador.

REFLEXIONES PRELIMINARES: LA HISTORIA

Existe una "complejidad de la relación [...] entre el sujeto que interpreta y el pasado objeto de interpretación [...] Se debe subrayar la recíproca 'extrañeza' entre ambos". Pero se debe reconocer "una cierta mutua pertenencia, sin la cual no podrá existir ninguna conexión y ninguna comunicación entre pasado y presente". (Comisión Teológica Internacional [CTI], 2000)

¿Qué entendemos por historia? ¿Una simple enumeración de hechos? ¿Una recopilación de fechas y personajes? ¿No es acaso algo más?

Para la cultura romana, con mayor o menor conciencia, la historia fue "Maestra de la vida"; para Tucídides, una "filosofía enseñada con imágenes" (Tucídides, *Historia de las guerras del Peloponeso*). Para la cultura náhuatl, lo histórico era llegar a "tener raíz" y "fundamento", era darle vida a las cosas, era encontrar las razones para seguir adelante. El *Coloquio de los Doce*¹ nos muestra el sentido del hecho humano, que si falta, no "merece" seguir en vida: todo se ha terminado. Así, un pueblo sin historia, es un pueblo que va a la desaparición.

La mentalidad histórica implica ver las cosas, sus relaciones y perspectivas apuntando a juzgar nuevos hechos y recibir nuevas ideas; no se trata sólo de recopilar y reunir exclusivamente; hay que hacer una valoración, una comprobación y una comparación de cada hecho. Eso es penetrar en el hecho acaecido o histórico, el que ha tenido lugar en un tiempo y en un espacio pero que trasciende limitantes o coordenadas del tiempo y del espacio mismos.

La visión más general que tenemos de la historia parte del acontecimiento *Cristo*: antes o después de Él, o de una manera laica, antes o después de nuestra era. Para los griegos, en la historia debía contar la libertad, basada en la razón; entre los de Roma, todos los hombres libres eran iguales ante la ley; para el cristianismo y a partir de las propuestas del Evangelio, en la historia humana, todos los hombres son iguales en lo moral y en lo intelectual.

Así, la historia en su devenir no sólo es lo que se narra, sino lo que constituye y el que vive un testimonio. Es cierto: hay un problema en los hechos humanos: la temporalidad y lo que esto significa, lo mismo que su ritmo, aunque no se puede negar, independientemente del sentido que se dé a la historia, que hay un nexo entre pasado, presente y futuro. Así, el tiempo es como una secuencia o conjunto de ese pasado, de ese presente y de ese futuro.

El pasado es el "ya no" y el futuro es el "todavía no" del presente; así, pasado y futuro son una forma del presente; el instante, que es una unidad de retención, hace que en el pasado no sólo recordemos y en el futuro no sólo aguardemos o preveamos. Para san Agustín, la memoria viene a

1 Coloquio de los 'DOCE'. Manuscrito encontrado en la Biblioteca Vaticana, conocido en 1927 en la versión alemana publicada por W. Lehmann, escrito posiblemente por B. de Sahagún entre 1560 y 1570 con apuntes de 1524-1544.

ser un órgano del futuro (Cfr. De Hipona, *De Trinitate*, XV:7-13).

No existe historia desinteresada con el adjetivo que tenga: siempre hay conciencia, por lo que la historia no es rompecabezas, la "historia no da saltos", no es una mera reconstrucción o asimilación; el presente siempre será un problema abierto al futuro y así lo veían los israelitas o es un problema resuelto por el pasado del que se extraen ejemplos o motivaciones. El presente no está en sí mismo, sino en otro y eso es el pasado. La historia es un *signa temporis*, lo ya vivido temporalmente.

Para la teología el campo de la historia no le es ajeno a su existencia y sentido; no es sólo por ver el recorrido que han tenido los conceptos o las celebraciones, sino de fondo y por encima de los hechos, está el sentido de la trascendencia, por lo que no es extraño extraer el concepto de *historia salutis* o "historia de la salvación". La misma historia de los hombres pero no ajena a la trascendencia y al descubrimiento de un ser superior en el mismo hecho. Para el cristianismo, más allá de diversas posturas, el "hecho Cristo" irrumpe en la historia humana y marca una huella: ha llegado a ser "Señor de la Historia" (Cfr. Jn 1:14); el Evangelio ha permeado las historias particulares de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo en el primer milenio del cristianismo y de allí a la América y a los pueblos de otros continentes en el segundo milenio; ante ese hecho, hay mucho que decir.²

CONEXIÓN ENTRE HISTORIA Y SALVACIÓN

iDuc in altum! Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, con pasión el presente y abrirnos con confianza al futuro.
(Juan Pablo II, 2001:1)

"Cada vez que una forma histórica entra en crisis, la historia se hace problema para el hombre [...] y tiene que buscar de nuevo la unidad de su ser con la historia, bien destruyéndola en su pasado, bien edificándola desde sus raíces"(Ratzinger, 1972:13).

Desde la perspectiva cristiana, hay una conexión entre la historia y la salvación; es más: la historia se convierte en salvación, uno se siente miembro de un tronco común, de una cultura, de un estilo de vida y se encuentran respuestas a la incógnita del mismo existir. Así, podemos entender por qué hablamos de que la salvación viene a través de la historia; la fe encuentra sustento para su expresividad por parte del hombre; si el hombre se divide y se desgarran, o vacila de su propia forma de vida entra en conflicto serio. No está por demás decir que también la misma experiencia de salvación puede ser una especie de "rebelión contra la historia"; uno se pregunta, ¿cómo es-

2 La Evangelización llegada a América a partir del siglo XV (a finales) y a África ante todo en el siglo XIX lo mismo que a Asia, aunque en este continente hay esbozos en siglos anteriores.

forzarse por purificarla, partiendo de la tradición de sus raíces e implicando la contemplación de lo esencial?

¿Cuál es pues el papel de la fe cristiana en esta cuestión de la historia? La misma fe cristiana ha surgido de una conmoción histórica porque el mensaje de Jesús presupone que la forma histórica del judaísmo ya cuestionado y con la ruptura propiciada en el Misterio pascual ha fundamentado una nueva historia, que es como el fin de todas las historias y por ende, ha afectado a todos los hombres (*Cfr.* Justino, *I Apología*:64-66).

La visión teológica de la historia tiene una dimensión de particularidad a la vez que de universalidad (afecta a cada hombre como ser y a toda la humanidad). El punto de partida que Jesús de Nazaret, con coordenadas de existencia en la historia (*Cfr.* Lc 2:1-5); fue meta de una historia y punto de partida de ésta hacia la plenitud; así, el devenir histórico cristiano nutrido en el pasado y en paso a la Parusía, se encuentra entre el *hic et nunc*, entre el *ya sí y el todavía no*. Se es peregrino, se está en camino, se va haciendo la realización del proyecto divino; somos artífices de una historia que tiene "luces y sombras" pero donde resplandece el llamado a la trascendencia, isomos historia divina y humana! Somos una "co-historia" a partir de la esperanza de lo experimentado y hacia lo aún no experimentado (Ratzinger, 1972:18-19).

Esta conciencia cristiana de la historia, que actualmente tiene tanta claridad lo mismo que tantos caminos de acceso como de desarrollo, no siempre ha sido parte del acontecer mismo. En etapas como en la Edad Media se había identificado historia real e historia cristiana y hasta se hablaba de "cristianidad europea".³ Con la propuesta de Martín Lutero⁴ con una visión cristiana diversa del mismo cristianismo, ya la historia celeste-terrena y cristiana-mundana parecía anticristiana; pretendió ser un cristianismo sin historia y fue "desconociendo" y enviando al olvido quince siglos de vida cristiana, más allá de visiones sobre Jesucristo y sobre los resultados de la predicación. En lugar de la *successio* que garantiza continuidad, se propone el poder carismático del Espíritu y hay un recurso literal al comienzo: *sólo escritura, sólo gracia, sólo fe* y todas las mediaciones humanas o materiales sobran.⁵

Hoy la teología busca entrar a estas dimensiones del tiempo y de los hechos con una perspectiva concreta del *Hodie* de Dios. A partir de las realidades, la teología manifiesta que no se puede estar ausente de lo que pasa en el mundo y hasta se habla de teología política, de teología de la liberación, teología de la reconciliación, teología de las realidades humanas, etcétera. Hay mucho por delante.



3 Suele hablarse en Historia de la Iglesia de la unión "Sacerdocio-Reino" o "Trono-altar"; *Cfr.* Comisión Teológica Internacional, 2000:1, 4-6. Hay que entender todo el contexto de la misma Inquisición y el hecho de las Cruzadas.

4 Fraile agustino de origen alemán (1483-1546); hacia 1517 propone un estilo de cristianismo diferente; publica dos libros básicos para lo que se conoce como Reforma religiosa: *A los Nobles de la Nación Alemana* y *la Cautividad de Babilonia*; de sus propuestas nacerán diversos grupos que son la base de la multiplicidad de grupos protestantes.

5 Principios básicos de Martín Lutero y atenuados o exaltados por otros reformadores del siglo XVI; a ellos hay que unir el *Libre examen de la Escritura*.

Quien interpreta el pasado y el pasado objeto de interpretación se realiza, a través de un esfuerzo cognoscitivo y valorativo, una ósmosis (fusión de horizontes, en la que consiste propiamente la comprensión). (Cfr. CTI, 2000: 4,1,3)

EL SENTIDO DEL TIEMPO

La cuestión teológica sobre el tiempo apunta a la conexión entre historia y salvación de Dios, entre gracia y naturaleza: ¿puede el hombre sentirse históricamente en relación-dependencia con un ser superior? Como acontecer salvífico tal como se vislumbra en las Escrituras, el cristianismo tiende a la salvación del hombre concreto en todas sus dimensiones; no es sobre algo "posible", sino sobre algo "real, actual, concreto".

La naturaleza creada afirma su carácter salvífico de todos los hechos históricos porque lleva en su seno el germen de vida, lleva *semina Verbi* o "semillas del Verbo".⁶ El hombre ha recorrido el tiempo y el espacio en una historia de libertad y la historia espera su final, no hay ni una repetición arbitraria ni una revisión infinita; el tiempo como transcurrir desemboca en un resultado definitivo: la vida eterna.

Hay una palabra que enmarca mucho de esto: el *kairos* como tiempo oportuno, que el hombre, por la gracia, es capaz de hacer que permanezca válido para siempre. Entra aquí la esperanza, como un "mirar adelante", que es acción y expectación hacia un futuro abierto y donde la fe confiesa la providencia divina como lo argumentaba san Agustín en su *De Civitate Dei* y donde esa misma providencia es la clave de la solución, porque la historia, antes de realizarse en el tiempo, ha florecido en la eternidad; la naturaleza es como un "poema inefable".

En esta visión del tiempo, Cristo es el centro del mismo porque la historia viró hacia él al aceptar la Encarnación, dándole nuevo ser a las cosas y a la humanidad. Por eso es profética esta historia, porque narra de tal manera los hechos del pasado que ya preanuncia los futuros; para Israel, la historia tiene una significación mesiánica: va a la plenitud de los tiempos; Cristo es el eje y sin Él, la historia se hace ininteligible; ante Él, la historia antigua se desarrolla, la contemporánea se desenvuelve y la futura parte de Él; es la conjunción de dos edades: antes y después de; lazo de unión de dos coordenadas: la providencia de Dios y la libertad humana (Cfr. De Hipona, XII, 1012; X, 32, 3).

A partir de la Encarnación del *Logos*, el tiempo se convierte en predicado de Dios inmutable y se va haciendo una revelación. Así, en la revelación cristiana, el "cosmos" es un momento de la historia y para la Escritura, la historia es una

6 Cfr. Justino, *Diálogos con Trifón*; este concepto también se conoce hoy como las "Semillas del Verbo" (*Semina Verbi*) (*Logos Spermatikós*).

revelación o manifestación. La historia va apareciendo como un diálogo entre la oferta divina y la respuesta humana que consiste en la fe o en negarse a responder.

LA ESCATOLOGÍA

Escatología significa literalmente discurso de lo último; bajo este concepto, antiguamente se estudiaban los aspectos llamados “novísimos (muerte, juicio, infierno y gloria)”; se veía únicamente el aspecto de la muerte. La *Gaudium et Spes* (CV II, 1962-1965) dio un giro enorme y se habla sobre todo de la esperanza cristiana en el futuro definitivo; para E. Kant surgen tres preguntas al respecto: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo saber? y ¿qué puedo esperar? A partir de la *Crítica de la razón pura*, añadió una cuarta pregunta: ¿quién es el hombre?

A ese concepto se unen aspectos como la temporalidad de la esperanza y del futuro, el creyente se sitúa ante su “futuro de la promesa aguardado por la esperanza cristiana”. Así, el hombre anclado en el presente, en el *carpe diem*,⁷ es un irresponsable y uno vuelto al pasado, se cosifica y despersonaliza; la índole humana nos hace estar abiertos al futuro y saber de él, no para saciar una curiosidad del “más allá”, sino para interpretar el “más acá”, por lo que, siguiendo a K. Rahner, decimos que “la escatología cumple la función hermenéutica de dilucidar el presente en la prógnosis esperanzada del futuro” (*Cit.* Ruiz de la Peña, 1986:30).

Así, la escatología no evade al presente sino que le da sentido porque éste se está gestando; el futuro es novedad indescriptible aún, a la cual hay que diferenciar de la apocalíptica, ya que la salvación no es una magnitud exclusivamente futura, y en Cristo existe una real anticipación de ello; así, lo que esperamos como fin de la historia está esbozado, en sus líneas esenciales, en Jesús de Nazaret. Se justifica el estudio de la escatología por la salvación en Cristo y la propia continuidad humana. No abona el desinterés por la historia, sino que configura ya su consumación; arranca en su análisis de la realidad histórica y enuncia su futuro. No es la escatología una evasión utópica y por ello es parte de la antropología teológica que toma al hombre como ser histórico.

No se puede reducir a un presente atemporal, como lo pretende Bultmann; es un éxodo del pasado (pecado) y un ingreso a la esfera del totalmente otro, del auténtico futuro que es Dios, distinto del hombre. Si aceptáramos a Bultmann, quien insiste sólo en el encuentro con Dios, diluiríamos el tiempo y la salvación estaría al margen del curso histórico del mundo; habría una mera desmundanización y haría superflua toda pregunta acerca de la historia, de su futuro y de su fin; sería sólo existencialismo (*Cfr.* Ruiz de la Peña, 1986:33). ¿Dónde queda aquí el interés de la colectividad?

Otra reducción de la escatología radica en ver el “simple progreso” o la “fe en el progreso” como un estado de perfección que se realiza en sectores de la actividad humana, de acuerdo a algunas propuestas kantianas y marxistas

7 “Vivir intensamente el día de hoy”. principio romano.

(*ibid.*:34). Parece como un quilianismo o milenarismo de la historia basada en el progreso y el desarrollo de la economía.

Marx, heredero de las propuestas hegelianas, cree tener el secreto de la historia futura; el mito del éxodo alcanza envergadura histórica en la lucha por la libertad y hace del mundo materia abierta a la posibilidad, lo que le confiere un carácter aleatorio a todo ensayo de prospección a futuro; pero las “utopías del paraíso del proletariado” se han visto sometidas a ruda prueba por la realidad opresiva de los regímenes que las profetizaban, en los cuales las ideologías materialistas-seculares han ignorado el fenómeno de la culpabilidad.

La escatología cristiana es la única en proponer un fin común y universal: el yo, la humanidad, el mundo, tienen sentido y ese sentido es el mismo para todos; coinciden la meta del individuo y de la humanidad. Así, la “banalización de la muerte es consecuencia de la deshumanización del proceso histórico” (*ibid.*:39). El futuro esperado tiene que trascender la historia para ser victoria al alcance de cada hombre y la escatología cristiana posee la certidumbre de esta consumación final que no es aniquilación ni evasión; no significa despersonalizar el futuro, sino darle sentido trascendente; así, la historia es la realización de un hombre concreto y real y el Salvador se insertó en una historia concreta para darle sentido a la existencia humana.


¿ES POSIBLE LA BÚSQUEDA DE UNIDAD ENTRE HISTORIA Y SER?

En los planteamientos anteriores puede surgir la pregunta de si la historia es una mediación o es una meta. Si es una mediación, bien podríamos acentuar la esperanza como posible liberación y así la libertad humana sería creadora: un futuro por hacer; la temporalidad es una realización y los elementos históricos pasan a ser algo esencial y no meramente accidental. Luego entonces, se puede plantear también otra línea de pensamiento con estas o parecidas palabras: ¿habrá relación entre la historia particular y la historia universal? ¿Es posible esto ante la imagen y la experiencia que hoy tenemos? ¿Cuál es, en definitiva, el concepto que se tiene sobre la historia de la salvación?

En relación con el libro *Oyente de la Palabra*, de Karl Rahner (1967) (*Cfr.* Ratzinger, 1972:29), surgen varios comentarios al respecto: hay diferencia entre la historicidad particular, concretamente de la historia cristiana, y la afectación que tiene en el hombre como tal; es posible ver, entonces, cómo un hecho no sólo bajo la visión salvífica, sino también eminentemente concreto, afecta al hombre como hombre mismo; éste espera desde fuera algo que le llegue de la historia y de lo que llamamos en teología, revelación, sea de tipo natural o por la creación o sea de tipo sobrenatural o por las Escrituras. El hombre es “afectado” en su interioridad y en su realidad; en otras palabras, algo que “le viene de fuera” y se lo puede apropiarse, lo puede hacer suyo y entra en su realidad misma.

¿Cómo podría esto equilibrarse con la libertad propia del hombre ya que es un ser que puede decidir y puede aceptar? Si el hombre es libre, ¿puede ser





afectado por la historia que para algunos es algo casual? ¿No será ese venir de fuera al hombre algo superfluo? ¿Cómo algo exterior al mismo hombre puede hacerse parte de su vida personal? El hombre en la visión cristiana no está ajeno al Creador y, por eso, puede ser receptor de la historia de la revelación y la historia humana no es pues algo extrínseco, sino algo “necesario” por su “semilla de eternidad”; al hacerse respuesta libre, se apropia de la historia no como algo que acontece, sino como algo que se vive y se realiza en su propio interior; el mensaje de salvación va al interior del hombre, donde la esperanza alcanza su clímax y su realización.

Puede plantearse también que lo histórico viene desde el interior y no es algo meramente exterior que entra en la interioridad; de esta manera, la historia surge desde el interior del hombre; el hombre estará así en un “trascendente presente” (*Ibid.*:30); es un abarcar todo, un animar todo, dar sentido a todo lo que pasa; así, la historia no es anónima sino que tiene sentido; la historia de salvación no es ajena a la historia misma de la humanidad sino como clarificación, bajo coordenadas claras, de hacerse hombre; se va acunando y compenetrando toda la historia. El ser supremo “irrumpe”, no está ajeno, ni el hombre es un ser “echado” al vacío y la espiritualidad no es algo etéreo, sino un estilo de ser bajo una realidad definida.

En consecuencia, lo histórico viene a ser como un “venir a sí mismo” del suceso aludido que tiene también su propia historia; las edades pasadas son como fases ascendentes hasta el hoy de la realización presente; se parte de un pasado que es proyectado hacia más adelante, pero vivido en el aquí y en el ahora. Por eso la historia de salvación o conjunto de intervenciones del Supremo Bien en la vida del hombre está en la identidad del suceso pleno; la identidad que se va adquiriendo no es ruptura con lo pasado ni alejamiento del porvenir: es un estarse haciendo con sentido y destino.

Esto es un ascenso permanente de lo precedente en crecimiento hoy.

No se trata de una mera proyección a la que cada uno daría subjetivamente sentido al hacerse continuo, sino extraería de ese hecho lo común a todos, pero singularizado, concretado en cada uno. Entra aquí todo el conocimiento del ser humano y se proyecta a otra dimensión teológica del hacerse historia, que es la mística, que toca a Dios en cuanto se deja uno tocar por Él y se entra al éxtasis, adentrándose en la simbología. La teología mística se transforma en teología de símbolos y se hace celebración, se hace liturgia, se hace fe, se hace acontecimiento, se hace vida; entonces la historia es también celebración y el pasado se actualiza en el hacerse de hoy; aquí está el valor del “memorial”: lo que pasó no es simple huella, es un actualizar el misterio pero con sentido de plenitud.

Dios nos sale al encuentro y no se queda en una mera búsqueda; mientras que en muchas expresiones religiosas el hombre busca y, al no encontrar sentido y respuesta, “crea” algo que lo unifique, en el cristianismo la historia es algo fundamental: no sólo porque esto es historia, sino porque es encuentro entre el que busca y el que se hace encuentro; Dios sale al encuentro y se hace historia,

es decir, se hace irrumpir en el hombre para llevarlo a su plenitud.

En la relación de la historia con el ser no se puede prescindir de eso extra al hombre ni tampoco de su reflexión desde el hombre y se supera lo que podría ser meramente casual: todo tiene sentido aunque no siempre se descubre sino hasta pasado el tiempo. La fe no es una simple aceptación de hechos, de palabras o de revelación; es un encuentro, una experiencia existencial, llenarse de plenitud y encontrar sentido al tiempo; es estar fuera de sí y estar dentro de sí. Esta tensión entre ontología e historia es la tensión propia del ser histórico que estando fuera de sí, entra a *sí* y se hace totalmente ser.

ÉTICA E HISTORIA


¿Qué sentido tendrán todas las realizaciones humanas cuya huella o expresión se encuentran en los monumentos del pasado? La tensión hacia el futuro, ¿da sentido al porvenir? ¿Vale la pena esforzarse? La teología moral o la ética cristiana no es una escatología ni una mera "fábrica" de acciones; no es un combate contra las limitaciones o contra los vicios: es un esfuerzo para conseguir algo y encontrarse con alguien.

La conducta moral de la persona o de las sociedades es un equivalente de vivir el "misterio" en algo que tiene sentido, algo que se conoce y lo que se va paulatinamente descubriendo; de ahí que la ética o la moral tienen implicaciones en la antropología humana que, de acuerdo al concepto que se tenga del hombre y del sentido de la historia, será la realización de sus horizontes; esta acción moral se funda en el mismo ser y se apoya en verdades que nos instruyen sobre el Ser Supremo, sobre el hombre y sobre el valor del trabajo y del esfuerzo. Desde la perspectiva de realización se tiene dignidad y destino; hay sentido en la realización histórica y un juicio valorativo de las acciones. El acontecer cristiano no es ajeno a los esfuerzos más nobles del hombre; es más, tiene sentido cuando se concatenan los principios con las acciones; cuando se relacionan las trascendencias con los hechos parciales pero conducidos a un fin.

PROPUESTAS DE REFLEXIÓN

La fe y la razón (*Fides et Ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerlo a Él para que, conociéndolo y amándolo pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo. (Juan Pablo II, 1998)

La visión cristiana de los hechos y de la historia interpreta los hechos y las situaciones reales, pero sobre todo, el sentido final de la historia y, en contraposición,



afectado por la historia que para algunos es algo casual? ¿No será ese venir de fuera al hombre algo superfluo? ¿Cómo algo exterior al mismo hombre puede hacerse parte de su vida personal? El hombre en la visión cristiana no está ajeno al Creador y, por eso, puede ser receptor de la historia de la revelación y la historia humana no es pues algo extrínseco, sino algo "necesario" por su "semilla de eternidad"; al hacerse respuesta libre, se apropia de la historia no como algo que acontece, sino como algo que se vive y se realiza en su propio interior; el mensaje de salvación va al interior del hombre, donde la esperanza alcanza su clímax y su realización.

Puede plantearse también que lo histórico viene desde el interior y no es algo meramente exterior que entra en la interioridad; de esta manera, la historia surge desde el interior del hombre; el hombre estará así en un "trascendente presente" (*Ibid.*:30); es un abarcar todo, un animar todo, dar sentido a todo lo que pasa; así, la historia no es anónima sino que tiene sentido; la historia de salvación no es ajena a la historia misma de la humanidad sino como clarificación, bajo coordenadas claras, de hacerse hombre; se va acuñando y compenetrando toda la historia. El ser supremo "irrumpe", no está ajeno, ni el hombre es un ser "echado" al vacío y la espiritualidad no es algo etéreo, sino un estilo de ser bajo una realidad definida.

En consecuencia, lo histórico viene a ser como un "venir a sí mismo" del suceso aludido que tiene también su propia historia; las edades pasadas son como fases ascendentes hasta el hoy de la realización presente; se parte de un pasado que es proyectado hacia más adelante, pero vivido en el aquí y en el ahora. Por eso la historia de salvación o conjunto de intervenciones del Supremo Bien en la vida del hombre está en la identidad del suceso pleno; la identidad que se va adquiriendo no es ruptura con lo pasado ni alejamiento del porvenir: es un estarse haciendo con sentido y destino.

Esto es un ascenso permanente de lo precedente en crecimiento hoy.

No se trata de una mera proyección a la que cada uno daría subjetivamente sentido al hacerse continuo, sino extraería de ese hecho lo común a todos, pero singularizado, concretado en cada uno. Entra aquí todo el conocimiento del ser humano y se proyecta a otra dimensión teológica del hacerse historia, que es la mística, que toca a Dios en cuanto se deja uno tocar por Él y se entra al éxtasis, adentrándose en la simbología. La teología mística se transforma en teología de símbolos y se hace celebración, se hace liturgia, se hace fe, se hace acontecimiento, se hace vida; entonces la historia es también celebración y el pasado se actualiza en el hacerse de hoy; aquí está el valor del "memorial": lo que pasó no es simple huella, es un actualizar el misterio pero con sentido de plenitud.

Dios nos sale al encuentro y no se queda en una mera búsqueda; mientras que en muchas expresiones religiosas el hombre busca y, al no encontrar sentido y respuesta, "crea" algo que lo unifique, en el cristianismo la historia es algo fundamental: no sólo porque esto es historia, sino porque es encuentro entre el que busca y el que se hace encuentro; Dios sale al encuentro y se hace historia,

Nazaret nació en medio de una cultura con expresiones propias y valiosas; para el Evangelio, el hombre es un verdadero protagonista de la historia y su conocimiento ayuda a predecir en líneas generales y de modo razonable los cambios del tiempo; el futuro histórico es el resultado de una integración de factores estrictamente humanos por depender de decisiones humanas, a veces un tanto impredecibles, pero con claridades en su realización.

La teología de la historia parte de la propuesta liberadora del Cristo, Verbo de Dios encarnado, y se hace presente en el devenir del tiempo, en la plenitud de los siglos, conduciendo a los hombres hacia su perfección, respetando el libre albedrío por encima de errores y caídas; Cristo es el fin al que se dirige toda historia humana, como plenitud y consumación de las aspiraciones del hombre. Él es el "Alfa y el Omega", es "el principio y el fin", es el "primero y el último"; "vengo presto y conmigo mi recompensa para dar a cada uno, según sus obras" (Ap 22:12-13).

Considerando todas las vicisitudes de la humanidad, uno se queda asombrado frente a las manifestaciones complejas y varias de las culturas humanas [...] Cada una de ellas se diferencia de las otras por su específico itinerario histórico [...] la cultura es expresión cualificada del hombre y de sus vicisitudes históricas [...] La inteligencia y la voluntad le mueven [...] a cultivar los bienes y valores de la naturaleza [...], los aspectos de la vida [...], a la elaboración de valores y significados existenciales [...] según modalidades auténticamente humanas. (Juan Pablo II, 2001:4) LC

BIBLIOGRAFÍA

- Comisión Teológica Internacional (CTI) (2000), *Estudio sobre la Iglesia y las culpas del pasado*.
- Concilio Vaticano II (CV II) (1962-1965), *Constitución sobre la Iglesia*.
- De Hipona, Agustín, *De Trinitate* [s.l.f.].
- _____. *De Civitate Dei*, [s.l.f.].
- González Moralejo, Rafael (1968), *Comentarios a la Gaudium et Spes*, Madrid, BAC.
- Juan Pablo II, *Encíclica Fe y Razón (Fides et Ratio)*, 14 de septiembre, 1998.
- _____. *Diálogo entre las culturas para una civilización del amor y la paz*, mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero, 2001.
- _____. *Carta Apostólica Novo millennio ineunte (Al comienzo del nuevo milenio)*, 6 de enero, 2001.
- Justino, S., *I Apología* [s.l.f.].
- _____. *Diálogos con Trifón*, [s.l.f.].
- Moltmann, J. (1971), *Esperanza y Planificación*, Salamanca, Sígueme.
- Rahner, K. (1967), *Oyente de la Palabra*, Barcelona, Herder.
- Ratzinger, J. (1972), *Teología e Historia*, Salamanca, Sígueme (Col. Verdad e Imagen, 22).
- Ruiz de la Peña, Juan L. (1986), *La Otra dimensión*, Santander, Ed. Sal Terrae.
- Tucídides (490-396 a.C.) *Historia de las guerras del Peloponeso*, [s.l.f.].